
Botas de Vaquero en la Oscuridad de África



A lo lejos, en lo alto a las orillas del valle, podíamos ver las palmeras que parecían pequeños fósforos contra el cielo, pero debajo de esas palmeras había cantimploras de agua. . . Y que el agua significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Un poquito después de las cuatro de la mañana, aparcamos el vagón en un grupo de altas palmeras. Estábamos en lo alto del borde de un valle que se extendía largo y ancho debajo de nosotros. El sol sale temprano en el ecuador del Congo, pero todavía estaba oscuro en el valle escondido.

Austin Paul y yo, junto con los ocho nativos, salimos del vagón y empezamos a revisar nuestro equipo de cacería. Bwana (don) Paul y yo cargamos nuestros rifles de alta potencia y puse mi pistola de seis tiros alrededor de mi cintura. Los nativos probaron sus lanzas para asegurarse de que estuvieron firmemente aseguradas en su lugar.

Unos minutos más tarde, Austin Paul decidió que había suficiente luz para empezar a hacer nuestro camino hacia el valle de abajo. La hierba crecía hasta la cintura por la empinada pendiente y estaba empapada de los pesados rocíos nocturnos. Alzamos nuestros rifles sobre la cabeza con una mano mientras comenzábamos a hacer el largo y frecuentemente doloroso descenso. Digo frecuentemente doloroso porque una y otra vez mis pies se deslizaban y me resbalaba velozmente en mi parte trasera hasta que podía agarrar otro puñado de hierba que me detenía.

Cuando finalmente llegamos valle abajo, estábamos totalmente empapado de las gotas de rocío que cubrían cada hoja de la hierba alta.

Aunque no había corriente de agua en el valle, había muchos agujeros de filtración, explicó Paul, donde los animales podían beber. El lugar estaba lleno de animales, y esperábamos matar tantos antílopes grandes dentro de una hora como fuera posible. El problema principal era el de como cargarlos arriba fuera del cañón. Sin embargo, era por eso que habíamos traído a los ocho indígenas.

UNA CAZA GRANDE PARA GRUPOS GRANDES

Cuando Austin Paul escribió y me dijo qué debería traer conmigo a África, dijo que debía asegurarme de traer un rifle de caza de alta potencia. Pero veté la sugerencia. Amo cazar pero no iba a África a cazar animales. Iba a buscar almas y quería poner todo el entusiasmo y la energía en los campamentos para ganar almas. Por lo tanto, decidí tomar sólo una poderosa pistola nueva de seis tiros. Pensé que esto sería toda la protección que necesitaría contra los animales salvajes.

Pero tan pronto como empezamos la ronda de campañas evangelísticas en África, me di cuenta de que Austin Paul tenía razón y que yo me había equivocado. Aprendí de la manera difícil que hay una larga distancia entre los supermercados en las selvas y matorrales. Al principio de mi vida había adquirido el hábito de comer a menudo y mucho - y si yo iba a mantener ese hábito, era necesario que yo ayudara a traer la caza que pondría carne sobre la mesa.

Y tratamos de proveer carne para todas las personas que llegaban el primer día de cada campaña evangelística. Generalmente comenzábamos estas campañas el lunes por la noche. Varios días antes, mandábamos corredores que le dijeran a la gente: "Un hombre alto llamado Rice ha cruzado el agua en un pájaro grande, tiene un mensaje directo de Dios y nos dirá lo que Dios quiere que sepamos. Traigan a todas sus esposas, hijos y comida y quédense una semana".

¡Cómo llegaba la gente! Largas filas de gente de todas las direcciones. Mujeres con cestas en la cabeza y bebés atados a la espalda. Niños caminando en fila india detrás de sus padres. ¡Venían por docenas, por cientos, e incluso por millares!

Era como las campañas evangelísticas de los primeros días de América. ¡La población de aldeas enteras venía! Nunca les he predicado a tantos ni he visto tantas conversiones en el mismo período de tiempo en mi vida. Vinieron a cinco servicios al día, sentados en el suelo, generalmente al aire libre.

El domingo por la noche era la clausura de la campaña. El lunes viajábamos a la siguiente, a menudo cazando mientras viajábamos. Siempre tratábamos de tener un par de búfalos o media docena de antílopes para dividir entre los nativos el primer lunes por la tarde. Aunque la caza vive en África en abundancia, es difícil matar con arco y flechas o lanzas. En consecuencia, la mayoría de los nativos no conseguían suficiente carne, y siempre estaban contentos de tener carne para saborear en sus "fiestas" cuando llegaban al lugar de la campaña.

RECORRIENDO EL VALLE

Cuando llegamos al valle, acordamos que Austin Paul y cuatro lanceros caminaron media milla hacia el otro lado. Los dejé adelantarse quince minutos y luego comencé a caminar lentamente por el valle hacia un lugar lejano en el horizonte.

Por lo general Bwana Paul y yo teníamos buena suerte en nuestras cacerías. Pero este simplemente no era nuestro día. Vimos muy poca caza, probablemente porque la brisa estaba cambiando constantemente de dirección. Los animales salvajes tienen un agudo sentido del olfato, y cuando obtienen el olor de un hombre se desaparecen tan repentinamente que harían a Houdini parecer un aficionado. La poca caza que vimos fue por lo general a media milla o más de distancia, una distancia demasiado grande para disparar con precisión.

Al cabo de dos horas, el calor era muy fuerte y yo había comenzado a sentirme tan exhausto que estaba a punto de colapsar. Poco después de llegar a África había contraído la malaria. Los antiguos misioneros sabían que yo tenía paludismo; pero el médico misionero regional, un joven inglés, sabía que no podía ser malaria porque no había estado allí el tiempo suficiente. Por lo tanto, se negó a tratarme por malaria. Cuando llegué a un médico misionero de antaño varias semanas más tarde y me realizó una simple prueba de sangre, la situación se había vuelto bastante alarmante. Ahora sufría de disentería y vivía cada hora con náuseas.

No es agradable decírselo, ¡pero como resultado de la malaria podría haber roto el récord mundial de vómito! Tan increíble como pueda sonar, más de una vez, mientras que predicaba, ¡tenía que abandonar la plataforma para correr y vomitar y luego volver a la plataforma sin perder una palabra o tener retraso en el servicio! Ves, siempre tenía que predicar a través de un intérprete. A veces había cinco o seis o siete intérpretes en una fila conmigo en la plataforma. Yo gritaba una frase y sostenía el gesto. Siempre hablaba en inglés. Austin Paul traducía del inglés al Bangala. Un nativo al lado del Sr. Paul traducía del Bangala al Kingwana. El siguiente hombre cambiaba del Kingwana al Lugbari, y así sucesivamente. Después de haber dicho un versículo de la Escritura o haber hecho un comentario en inglés, dejaba la plataforma y corría a la parte trasera del vagón para vomitar. ¡Entonces me apresuraba regresar de nuevo a la plataforma y a estar listo para el siguiente punto en el sermón!

Así que después de caminar durante dos horas, sufría de un dolor de cabeza cegador. No habíamos desayunado nada esa mañana, y yo no había tomado ni un trago de agua. A las seis de la mañana el calor era opresivo, mi cabeza palpitaba, y yo estaba débil con náusea. Les pregunté a los nativos conmigo si alguno de ellos tenía cantimploras de agua, y me dijeron que los hombres con Austin Paul llevaban las cantimploras.

Caminamos otra hora y luego otra. Eran las 9:30 de la mañana cuando finalmente decidí que simplemente no podía ir más lejos sin agua. Y, sin embargo, dudé en enviar un corredor a Austin Paul. Frecuentemente un hombre iba a estar acechando la caza cuando un corredor podría precipitarse para hacer cierta pregunta y asustaría la caza y hasta hacer que el cazador pudiera fallar el tiro. Cerca de las 9:30, sin embargo, decidí que caza o no caza, había sido una tontería esperar incluso hasta ahora sin agua. Le hice un gesto a uno de los lanceros casi desnudos y estaba a punto de enviarle a buscar a Austin Paul y al agua cuando otro de mis hombres, explorando unos metros más adelante, susurró emocionado,

“Opisi, Bwana, ¡bodi!”

“Venga, Señor Jefe” -le había dicho, “veo un ciervo”.

EL TIRO MÁS LARGO DEL DÍA

El nativo, tal vez veinte metros por delante de mí, estaba arrodillado detrás de un gran hormiguero que medía cuatro o cinco pies de altura. Agachado, me dirigí a él y miré por encima del montículo. Pero no vi ningún ciervo en el suelo que se inclinara delante de nosotros.

"Oya ozi", susurré. Más o menos, esto significa "¿cuántos?"; pero él entendió que estaba preguntando qué tan lejos estaba el ciervo. Él respondió algo que yo no comprendí y luego tomó su lanza y la apuntó como si fuera un arma. Seguí la trayectoria de la lanza y finalmente vi el *bodi*.

Había un ciervo pequeño frente a nosotros. Estaba a unos 325 metros de distancia (más tarde Austin Paul tomó medidas más exactas); y a esa distancia, no parecía más grande que el borde de mi mano.

Le hice una señal al nativo para que intentáramos acercarnos, pero no estuvo de acuerdo. Recogió un puñado de polvo y lo dejó pasar lentamente entre sus dedos. El viento estaba cambiando y en otro momento, estaba a nuestras espaldas, llevándose nuestro olor directamente hacia él. Era disparar o perder la oportunidad de hacerlo.

El nativo subió lentamente al hormiguero y empujó la punta de su lanza en la tierra. Gateé a su lado, me arrodillé sobre una rodilla, puse mi mano izquierda alrededor de la lanza y apoyé el cañón del rifle en esa mano. Sabía que era un tiro largo para miras simples e incluso un tiro hecho por un francotirador probablemente faltaría, y ciertamente no soy ningún experto en tiro.

Enfoqué el objetivo cuidadosamente, sostuve mi respiración por un momento para sostener el arma más firmemente, y apreté el gatillo.

El ciervo saltó al aire, dio una vuelta y desapareció en la hierba alta. ¡Estaba muerto!

Los cuatro nativos corrieron para comenzar a depilar el ciervo. En ese momento, a mi derecha, oí gritos y Austin Paul y sus cuatro hombres se acercaron. "Sabía que habías atrapado a tu preso", dijo Bwana Paul, "porque sólo disparaste una sola vez".

Me había sentado sobre la loma de termitas y Bwana Paul notó, con un solo vistazo, que yo estaba exhausto. Me preguntó si había bebido agua.

Pensé que estaba bromeando porque el Sr. Paul tiene un raro y maravilloso sentido del humor. Por lo general, era muy alegre bajo las circunstancias más difíciles y exasperantes - uno de los mayores motivadores que jamás he conocido en mi vida.

En ese momento, sin embargo, estaba demasiado enfermo para apreciar el humor.

"No bromees, Bwana", le dije. "Nunca he estado tan enfermo en toda mi vida. Por favor llame al nativo que tiene las cantimploras."

Austin Paul me miró con incredulidad. "No estoy bromeando" -dijo- "¿No tienes el agua?"

Resultó que ninguno de nosotros dos tenía las cantimploras de agua; nos habían olvidado en el vagón que estaba a varias millas y a varias horas de distancia de nosotros.

"Bill", dijo Bwana Paul, "esta situación podría llegar a ser muy seria, pero creo que vamos a poder regresar bien. Sé que los nativos llegarán bien porque no sufren el calor sofocante como nosotros, además, encuentran fuentes de agua que nos matarían."

“Ahora, Bill, no nos vamos a esperar. Todos vamos a empezar, pero si usted no puede mantener el ritmo, no lo vamos a esperar y no lo vamos a ayudar. Pero volveremos por ti tan pronto como podamos”.

"Hagas lo que hagas, ¡no te asustes!"

Descargué mi rifle y se lo di a uno de los lanceros para que lo llevara. Me desabroché el cinturón de mi pistola y lo amarré alrededor del cuello y bajo el otro brazo. Y luego empezamos.

Me metí al final de la fila. Comenzamos a caminar con un ritmo constante. Había costado mucho matar al ciervo, pero tuve el presentimiento de que el hecho de llegar al lugar de las cantimploras iba a costar aún más.

Y yo estaba decidido terminar la jornada.

DÓNDE ESTABA LÁZARO

No creo que pueda describir esa caminata. Fue una pesadilla de horror. Parte del tiempo estuve aturdido. Parte del tiempo me sentí como si estuviera caminando en mi sueño y en realidad me preguntaba si así la estaba haciendo. Había muchas veces cuando sentía un golpe y luego me daba cuenta de que mi cara estaba boca abajo en la hierba y me costaba varios momentos darme cuenta de que me había caído una vez más.

Parecía que siempre estaba quedándome atrás de los otros hombres - a veces a causa de caídas. Había veces que tenía que parar debido a mi enfermedad. Entonces caminaba rápido e incluso trotaba en un esfuerzo por alcanzar al grupo. No había camino que seguir, y tenía tanto miedo de perder de vista a los demás y no saber adónde ir. (En realidad, el Sr. Paul había enviado a dos nativos por delante para conseguir agua y volver con ella y ¡estos dos nativos realmente se perdieron! No volvimos a verlos hasta el atardecer).

Cada vez que tropezaba y me caía era una pura agonía volver a ponerme de pie y comenzar a caminar de nuevo. En cuanto me daba cuenta de que me había caído, arrastraba una rodilla y luego la otra debajo de mi abdomen, luego me obligaba ponerme de rodillas y luego de pie. A veces me quedaba de rodillas un minuto o dos, tratando de descansar. En una ocasión, el nativo que tenía mi rifle regresó corriendo hacia mí. Él apuntó con emoción y allí, a pocos metros de distancia, había dos gigantes antílopes mirándome. El nativo trató de darme el rifle para que yo pudiera dispararles. Fue irónico. Le hice un gesto al nativo mientras me susurraba a través de los labios ensangrentados, "*Boyo te*". (Literalmente, sí, no.) Significado, "Sí, ¡positivamente no lo voy a hacer"!

¿Labios sangrientos? Sí. No puedo explicarlo, pero mis labios se habían hinchado enormemente y luego empezaron a abrirse.

Nunca antes había experimentado lo que era tener mucha sed. Oh, una y otra vez he montado a caballo o caminado durante horas sin agua y bien quería un trago de agua. Pero nunca antes en mi vida había tenido mi cuerpo entero sufriendo por falta de agua.

Mis labios estaban hinchados, secos y partidos. Mi lengua también estaba tan hinchada que parecía llenar toda mi boca. Mi boca estaba seca. No podía sentir humedad ni con la lengua ni con el dedo.

Había un dolor horrible y enfermizo en todo mi cuerpo. Casi sentía como si una gigantesca mano abierta en mi estómago hubiera empezado a cerrarlo, juntando mis entrañas.

De alguna manera la idea llegó a mi mente febril de que debía comprar un poco de agua. No sé dónde pensé comprármelo o de quién. Pero empecé a tratar de averiguar qué tenía que podía intercambiar por agua.

Al principio decidí que daría mis dos cámaras y mi pistola de seis-tiros por sólo un vaso de agua. Pronto, sin embargo, había añadido mi carro y toda mi ropa, mis libros y había acordado darle todo ¡por un solo sorbo de agua!

Cuando no conseguí agua, comencé a pensar en qué más podría agregar a la oferta. Antes de ir a África, mi esposa y yo habíamos vendido nuestra casa en Wheaton, Illinois, con el fin de obtener dinero para el viaje. El dinero no asignado para África habíamos ofrendado a la obra misionera. Así que yo no tenía ninguna casa, o yo la hubiera agregado en el negocio. Tenía menos de cien dólares en efectivo, pero con mucho gusto lo hubiera ofrecido además de las cámaras, armas, ropa y el carro.

Yo no sólo estaba dispuesto a dar todo lo que tenía, sino que estaba dispuesto a conformarme con menos agua. Sólo una cucharada parecía tan maravillosa. Entonces se me ocurrió lo refrescante que sería si sólo pudiera meter un dedo en el agua y luego ponérmelo en mi boca.

Fue entonces cuando me acordé del grito del hombre rico en el infierno,

“...ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.”

¡Nunca se me había ocurrido que el hombre rico sólo había pedido la gota o algo así de agua que pudiera aferrarse al dedo de un hombre! Pero ciertamente tenía sentido para mí ahora, y pude apreciar la petición.

Después de eso me pareció que podía oír, una y otra vez, al hombre rico que suplicaba: "Envía a Lázaro. . . para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua. . . Envía a Lázaro".

No sé cómo pude mantenerme con los otros hombres del grupo. Pero lo hice. Cuando finalmente llegamos al final del valle y pudimos ver las palmeras arriba en el borde sobre nosotros, yo estaba todavía al final de la línea - ¡pero todavía estaba allí!

Me quedé más y más atrás cuando empezamos la larga subida, arriba y arriba. Usando la hierba alta para sostener la mano, lentamente nos dirigimos a la meseta arriba. Todos nosotros estábamos exhaustos y empapados de sudor cuando finalmente llegamos a la cima.

¡Unos minutos más tarde estábamos esparcidos en la sombra, bebiendo esa maravillosa agua vivificante!

Al principio, el Sr. Paul me dio aproximadamente una cucharadita en una taza de hojalata. Luego extendió un paño húmedo sobre mi cara.

Varias horas más tarde, cuando habíamos terminado el agua y habíamos dormido, fuimos al servicio de la campaña. La hinchazón había desaparecido de mi lengua y labios, pero era muy difícil para mí hablar y el mensaje fue breve esa noche.

Muchas veces en los días siguientes, soñé con aquel horrible día. Una y otra vez me despertaba cuando llegaba al lugar donde el hombre rico había comenzado a implorar por el dedo húmedo de Lázaro.

Y cientos de veces, en mis momentos de vigilia, he contemplado la difícil situación del hombre rico en el infierno.

Por supuesto ese hombre podría haber sido salvo y debería haber sido salvado. Pero, sin duda, le dio muy poca consideración a su salvación, hasta que fue demasiado tarde.

Amado amigo, ¿no es extraño que todos tengamos una tendencia a ignorar las verdades eternas hasta que sea demasiado tarde? Todos nos damos cuenta de que vamos a morir algún día. Todos nosotros creemos en la Biblia que dice: "Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio". Mas, sin embargo, los que están perdidos siguen adelante sin Cristo. Nosotros que somos salvos no nos entusiasmamos de hablarles de Cristo a nuestros amigos y seres queridos que no han sido salvos hasta que es demasiado tarde.

Estoy seguro de que todos nosotros hemos considerado el hecho de que el hombre rico debe haberse lamentado amargamente de nunca haber recibido a Cristo para el perdón y la salvación.

Pero me pregunto cuántos de nosotros habremos considerado el hecho de que Lázaro, también, ¡hubiera podido lamentarse amargamente de no haber ganado el otro a Cristo!

La muerte es real. El cielo es real. El infierno es real. Todos necesitamos enfrentar estas simples verdades y tenemos que enfrentarlas ahora.

Mi estimado amigo, te insto a que te rindas a Jesucristo y que seas salvo hoy. Proverbios 27:1 dice, "No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día". Y Hebreos 2:3 hace la pregunta obvia, "¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?"

Les ruego que tomen la advertencia del hombre rico que murió y fue al infierno cuando pudo haber sido salvo.

Y, mi hermano cristiano, permíteme recordarte que si alguna vez vas a ganar a tu ser querido, si alguna vez vas a compartir el evangelio, predicar un sermón, cantar una canción o dar un testimonio de todos modos para Cristo - tú debes hacerlo ahora, mientras vivas, y mientras tu amigo no salvo esté vivo.



La vida de Bill Rice, ciertamente no fue aburrida. Nacido en 1912 y criado en un rancho del oeste de Texas, estaba domando caballos salvajes a la edad de trece. . . quedó huérfano en su adolescencia. . . se pagó su propio camino a la universidad Bautista en Texas. . . y a Moody Bible Institute en Chicago. . . rápidamente se convirtió en un evangelista conocido nacional e internacional, que predicaba en campañas de costa a costa de los Estados Unidos de América y de todo el mundo.

Además de servir como evangelista a tiempo completo, Bill Rice halló tiempo para cazar animales salvajes en África, logró ser un experimentado piloto de avionetas, sirvió en varias juntas directivas de organizaciones misioneras y escribió varios libros y canciones evangélicas.

Una fase única de su ministerio fue su trabajo entre los sordos. Debido a que su hija mayor Había quedado ensordecida por la meningitis, el Dr. Bill y la Dra. Cathy Rice se dieron cuenta de que había millones de personas sordas en América que necesitaban "escuchar" el Evangelio. Así que construyeron un campamento donde los sordos pudieran venir a ver la maravillosa historia de Cristo. Conocido como el Rancho Bill Rice, ubicado cerca de Murfreesboro, Tennessee, este ministerio continúa hasta este día como campo para sordos y audiencia, así como un lugar para conferencias.